

## “El Filósofo en la Sociedad actual”

Por ANTONIO PINILLA SÁNCHEZ CONCHA

En testimonio de homenaje  
a Eduardo Spranger.

Lima, 15 de Abril de 1955.

“El Filósofo en la Sociedad Actual”, es el tema de la presente charla. Dos interrogantes yacen al fondo del asunto : Qué es el Filósofo? Para qué sirve un Filósofo? La respuesta a la primera nos ayudará a resolver la segunda. Sabiendo qué es un filósofo podremos elucidar su sitio y papel en la vida de la comunidad social.

No me interesa ahora hacer un recuento de definiciones académicas, ya que quiero atisbar el problema desde una perspectiva diferente. Qué piensa la gente normal y corriente de un Filósofo? En una vieja casona limeña se han reunido para tomar el té un grupito de señoras encopetadas, acompañadas de sus hijas y sus respectivos novios. Dentro del ambiente tenso propio de estas reuniones llamadas “formales” la conversación resbala hacia las ocupaciones de los jóvenes allí presentes. Satisfaciendo la inquisitorial curiosidad de las señoras, cada uno de los varones musita su profesión o actividad. Uno es ingeniero, el otro vendedor de automoviles, un tercero agente de seguros. De pronto le toca el turno a un joven que, con gesto un tanto angustiado, después de toser nerviosamente y ante una expectación que ha ido creciendo con sus segundos de silencio, dice por fin : Yo... pues yo soy ...Filósofo!!!!.

Quiero que todos ustedes reproduzcan esta escena en su imaginación y que observen atentos las expresiones que se han dibujado en los rostros de las personas allí reunidas. Como es la nuestra una sociedad en la que el ideal vocacional real y efectivo es el “convertirse en propietario”, la mayoría de los presentes pensó para sus adentros : “Pobre chica, la que se le espera”, aunque todos disimularon esta secreta convicción diciendo : “A... qué interesante!!” Y doña Rosita, que tenía el hobby de asistir a conferencias siendo las de su predilección

aquellas en las que no entendía una jota, se atrevió a comentar a su vecina : Sí Doña Carmen... no me extraña que sea Filósofo, porque Fulanito —nuestro desambientado héroe— desde chiquito fue muy inteligente.

Me estoy refiriendo a una experiencia muy corrientemente vivida, pero pocas confesada : las situaciones de "extrañeza" por parte de los otros, y aún de repudio, que un hombre confronta al definir ante los demás que su profesión es ser Filósofo. Por qué la leyenda negra iniciada por Aristófanes cobra perenne actualidad? Tiene que ser necesariamente el Filósofo un tipo raro, que habla y piensa "en difícil" y que, para el colmo, "Vive en las Nubes"? En todo caso, quienes tienen la culpa, las gentes o los propios miembros del gremio filosófico? Se trata de la envidia y la ignorancia del vulgo ante un hombre superior?; o se trata, por el contrario, del legítimo repudio que hace el hombre justo del engañador profesional, del que pretende ser algo que no es en realidad; en cuyo caso, lejos de pecar por falta de comprensión o estima de valor de un filósofo, tan los comprenden y estiman las gentes, que rechazan a los ilegítimos suplantadores de la más digna y legítima de las profesiones. Analicemos conjuntamente esta esfera de hechos y problemas, a ver si hacemos un poco de luz en tan complejo pero interesante asunto. Utilicemos el método propio de la Teología negativa, o, si ustedes quieren, de la Fenomenología —tomada claro está en un sentido no muy estricto— ya que ambos métodos en definitiva, prudente y recatadamente, lejos de comprometerse a descubrir "lo que es", prefieren comenzar analizando aquello que "no es" y aquello que "no puede ser" lo que estamos buscando. Antes de intentar descubrir "que es" o "quien es" un Filósofo, dejemos bien claro "quien no es" un Filósofo, aunque pretenda serlo.

En primer término : Hay alguna conexión de esencia entre el ser Filósofo y el escribir mal? Son los Filósofos seres que escriben en difícil, piensan de manera enmarañada y abstrusa, expresando de manera complicada lo que todos saben simple y llanamente? En los brillantes ensayos de Schopenhauer —uno de los Filósofos que ha sabido escribir mejor—, acerca del arte de la literatura, se responde a nuestra interrogante con mucha claridad. Quien escribe mal, piensa mal. El problema del pesamiento y el problema del estilo no son cosa diferentes. Principal requisito de un estilo claro y ameno es que se funde un pensamiento coherente, luminoso y penetrante. Aprender a escribir y aprender a pensar son procesos complementarios e interdependientes. Librems pues al gremio de los filósofos de todos aquellos que habiendo fracasado en el intento filosófico de ver y expresar con hondura y

con sentido el ser profundo de las cosas, se refugian en la farsa del obscurantismo para no revelar que, en verdad, no tienen nada interesante que decir.

Y aquellos que escriben en difícil, o sea, mal, a propósito; no porque no puedan pensar y escribir con claridad? Desde un punto de vista caracterológico se trata aquí de la combinación de dos tendencias anormales: Una interna inseguridad y timidez, que para ser compensadas reclaman una exagerada afirmación del ego, hasta el extremo de perderle el respeto al "Tu". A todo esto agregase el síndrome histérico de una cierta vocación de actor. En lenguaje técnico, un neurópata que no sólo sufre él con su dolencia, sino que hace sufrir a todos los demás, especialmente a los que lo leen o escuchan. ¡Ojalá no sea yo uno de ellos!

Todo lo que llevamos dicho explicaría el menosprecio justificado que inspiran los remedos de filósofos. Pero cómo dar cuenta de la suspicacia y desconfianza que en veces los filósofos despiertan? Esto nos lleva a la más importante distinción entre el filósofo y el "hombre de prestigio", que no es otra cosa que la versión contemporánea de la distinción lograda por Platón entre el Filósofo y el Sofista. Antes de entrar en sus pormenores dejadme que les cuente una historia real que hace al caso. La maestra de una escuela le pregunta a un niño: Quién fue Sócrates? Y el niño hizo este breve relato del ser y la vida de Sócrates: Señorita, Sócrates fue un gran filósofo, un hombre muy bueno y muy sabio que durante toda su vida buscó la verdad e hizo el bien..... los hombres de su época lo envenenaron!

En la apariencia externa el filósofo y el moderno "hombre de prestigio", o el antiguo "sofista", son muy parecidos. Ambos piensan y hablan bien. Piensan y hablan mejor que la mayoría de los hombres, de manera que tienen poder de convicción, son eficientes demagogos, es decir conductores de hombres y de masas. Para ellos no tiene secreto ni la lógica, ni la ciencia, ni la retórica, ni la dialéctica, ni la psicología, ni el buen gusto. Saben preguntarle al ser y responderle al hombre. En otras palabras, ambos están bien equipados y cuentan con las armas del conocimiento y la palabra. Entre ambos existe empero, una diferencia radical aunque a simple vista imperceptible. La posibilidad de una confusión entre ambos es lo que explica la suspicacia y desconfianza que la denominación genérica de filósofos suscita. Mientras los verdaderos filósofos son hombres sabios y buenos que no buscan otra cosa que la verdad y el bien, el sofista utiliza a la verdad y al bien para servirse a sí mismo, y no para mentes en destruir a quien se oponga a sus designios; sólo le interesa su prestigio, que es el gran "ido-

la mentis" del que se sirve para conservar y consolidar su poder. En este desarrollo enlazo al "hombre de prestigio", al "sofista" y al "político", en una misma conexión significativa. Los filósofos se diferencian de los sofistas en virtud de la actitud que imparte sentido a la vida, a la acción y al amor de ambos; mientras que el filósofo ama a la verdad y al bien más que a sí mismo, el sofista se ama a sí mismo más que a la verdad y al bien. El significado etimológico de la palabra filósofo concuerda con su significado conceptual. El filósofo es ante todo, un enamorado de lo real y de lo ideal, del mundo, de la naturaleza y del espíritu del hombre. El filósofo es ser capaz de asombrarse y de inquietarse. Vive abocado a la objetividad del mundo y de su realidad interior, sin referirlas ni subordinarlas a deseos de predominio o vanagloria. El filósofo ha adoptado una actitud generosa frente a la existencia. Su mente y su corazón están abiertos de par en par a los otros, al mundo y a Dios; mientras que el sofista, o el moderno político que busca ante todo su prestigio y prevalecer ante los demás para someterlos a su voluntad de poderío, en realidad sólo se ama a sí mismo, siendo esencialmente egocéntrico y egoísta.

Resulta así rasgo característico del filósofo su capacidad de amar, de amar a lo amado más que a sí mismo, de amar con amor auténtico que hace del "otro", o de, "lo amado", el centro de referencia de su intencionalidad emocional. El sofista, el esclavo de su prestigio personal y de su voluntad de poder, quiere aparentar un amor que no siente por algo que en verdad lo deja indiferente y que, secretamente, lejos de respetarlo es usado por él como instrumento de sus fines. El Sofista no concibe el conocimiento y la sabiduría como un contemplar los hechos mismos de manera sincera y reverente con exclusivo propósito de penetrar su estructura íntima, sino que por el contrario hace, de ellos, instrumentos de una técnica que apunta a realizaciones interesadas. El saber para el sofista es un medio instrumental de su voluntad de poderío; el sofista es orgulloso; vive en función de los demás sobre los que pretende destacar y a los que quiere someter sirviéndose de la retórica. Le preocupa ser convincente antes que verídico, y en esto se parece a nuestros políticos, en el sentido local y peyorativo del término. Su saber y su ciencia tienen por fin, lograr éxito social y político, no el descubrimiento de la verdad. Para el Sofista el diálogo no es un filosofar en conjunto sino duelo retórico que apunta a obtener victorias publicitarias, no vive el conocimiento como un penoso proceso de descubrimiento paulatino sino que se siente posesionado de la verdad; no se inclina ante la verdad como ante la esperanza que solo es cumplida tras arduos esfuerzos. Los sofistas se creen tan cercanos a

la verdad que no llegan a percibirla porque en ningún momento reconocen las limitaciones de sus propias capacidades. En todo momento creen que saben. Están demasiados posesionados de sí mismos para amar al ser de tal manera que puedan escuchar su voz. No saben anonadarse frente al ser, ni darse total y radicalmente a la objetividad que se ofrece ante ellos.

Frente al sofista la actitud del filósofo es desinteresada, sencilla, austera, humilde y alegre. No porque el filósofo pretenda ahondarse en las entrañas del ser va a perder la espontaneidad frente al vivir y a la alegría que brota de ella. El filósofo sólo vive para descubrir la verdad, postulada como fin y valor supremo no subordinable a ningún otro objetivo. Filosofía y ciencia coinciden en esta vocación de investigación pura y genuina. El filósofo no pretende prevalecer ante nadie sino ver y desentrañar algo de la verdad, siempre atrayente y lejana. Al comunicarse con los demás no pretende someterlos sino hacerlos coparticipes en su búsqueda de lo real, despertándoles la inquietud del asombro, el entusiasmo del esfuerzo y la sobria satisfacción de ser gestores de la grandiosa tarea de reconstruir la huella de la verdad al precisar los límites de la propia ignorancia.

Así y todo, alguien nos podría replicar que todo esto no justifica que los filósofos se hagan repelentes por su excesiva pretensión. Indudablemente es éste uno de los grandes escollos y riegos de la filosofía. La tarea filosófica es de tal alcance que quien la emprende se siente a veces distinto y superior a los demás. Por eso los Griegos tuvieron buen cuidado de morigerar esta tendencia inculcando las virtudes de la moderación, la continencia, la ponderación, el equilibrio y la proporción, tanto desde una perspectiva estética como moral. Apuntaban precisamente a superar éste peligro.

Postular la noción de filosofía en un sentido más estricto, digamos como Episteme Epistemes (Ciencia de las Ciencias. Platón, "Carmides" y "Teetetes") o como Ciencia de las Causas Primeras y Universales (Aristóteles "De Methaphisica") es ya de por sí sumamente petulante. Sus cultores pueden en veces caer fácilmente en vicios megalomaniacos. Giordano Bruno, debió ser un tipo muy pintoresco, pero francamente insufrible. Cuando lo invitaban de Profesor Visitante a las más afamadas Universidades Europeas no se le ocurría otra cosa que anunciarse como el "Domador de la Ignorancia". Los filósofos del renacimiento me parecen más cercanos a los sofistas que a la figura sobria y ejemplar del Sócrates filósofo.

La mera actitud y porte de estos sabios prepotentes significaba una acusación de ignorancia lanzada contra tutti limundi. Ya el agudo

e ingenioso Platón vislumbró este exceso y desde su diálogo "Cármides" toma el pelo a los sabios que se sienten sabios y tienen fama de sabios. Búrlase de ellos haciéndoles la pregunta que nos queda pendiente en esta charla : Para qué sirve un filósofo?, y que nosotros abordaremos más adelante. Platón razona que el sabio o filósofo que se siente poseionado de su saber, declara poseer la sabiduría. Esta sabiduría consiste en saber de todas las cosas en general, pero de ninguna en particular. Este sabio no sabe nada acerca de medicina, números o agrimensura, pero como posee la sabiduría es el único que decide quien es sabio y quien no lo es. No sabe nada de nada, pero como sólo él posee la sabiduría él solamente puede dilucidar quien es sabio y quien no lo es. Este sabio hueco y dogmático no se parece acaso a los hombres de prestigio que devienen en políticos en estas latitudes?

Pero nos gusten o no nos gusten, hay filósofos, y algunos tan buenos que han orientado el pensamiento de toda una época. Otros hubo que no fueron tan malas personas. El acusador de oficio a esta altura, un poco exasperado, nos diría : Pero cómo explica usted a esos demonios, refiriéndose a los filósofos, y he aquí que habría tenido toda la razón al usar la palabra demonios porque esto es precisamente lo que los filósofos son : demonios. Los demonios son los intermediarios entre los Dioses y los hombres. Los demonios Griegos fueron cristianizados por San Agustín quien les puso a unos alas y coronas y a otros tridentes y rabos, diferenciando así los ángeles de los diablos. Para la mentalidad Griega de la época de Platón y Sócrates, Filósofo y Filosofía son demoniacos en esencia. Pendiendo entre los dioses y los hombres, hijos de Poros (la abundancia) y de Penia (la pobreza) muévense hacia arriba en procura de algo que no llegan a alcanzar : son Buscadores. Este ímpetu de búsqueda define el ser del filósofo y de la filosofía. El pensamiento y la expresión que constituyen la actividad del filósofo están referidos a esta búsqueda. Decir que los filósofos son seres que piensan y hablan no es algo tan obvio como parece, porque no todos los seres racionales saben pensar. Decía Bernard Shaw que el gran problema planteado por el evolucionismo no consiste en dar razón del origen simio del hombre sino en explicar la existencia de monos sin rabo que se visten y hablan como hombres. Por ello afirma Ludwig Klages que no habiendo capacidad discursiva y expresiva no hay porque presumir la existencia de talento filosófico. Quienes viven huérfanos de la obsesión de la búsqueda y de la actitud que aboca al hombre hacia los contenidos objetivos de la existencia, serán cualquier cosa menos filósofos.

Pero qué es y cómo es el pensar propio del Filósofo? Teetetes le pregunta a Sócrates : "Qué es el pensamiento? y Sócrates le responde : "Es el diálogo que el alma tiene consigo mismo acerca de los temas que considera... El alma cuando piensa no hace otra cosa que dialogar consigo misma, haciéndose preguntas y contestándolas, afirmando y negando. Así pues, pensar en mi concepto es dialogar y la opinión que me llevo a formar no es otra cosa que el resultado de este diálogo que tuve conmigo mismo, no de viva voz sino en silencio...". Mientras el pensar común y corriente de todos nosotros está siempre referido a una situación concreta, aquí y ahora, y a una finalidad utilitaria y pragmática con sentido para la vida, el pensar filosófico o científico no obedece a una finalidad subordinada a los fines del existir concreto sino al afán de buscar, descubrir y ver, bajo la atracción del valor intrínseco de la verdad misma. El pensamiento filosófico rompe la cárcel del presente a la que nos confinan las exigencias útiles y prácticas, remontando al futuro en alas de la inferencia y del cálculo de probabilidades; y recrea el pasado al ahondar en las raíces de nuestro ser actual, ya que somos nuestra historia.

Lo que define el ser más hondo y originario del filósofo es su actitud de rebeldía frente a la vida, o si se quiere, frente a la muerte. El filósofo siente la muerte muy cerca, detrás de su hombro, viviendo dramáticamente su propia temporalidad. Mientras los demás hombres dicen : Cómo pasa el tiempo! El Filósofo se da cuenta que no es el tiempo el que pasa sino que es él mismo quien pasa frente a un mundo y a un espacio que mira indiferente su ciclo vital, indefectiblemente cerrado con la destrucción de su individualidad. El filósofo no se resigna a morir, es decir, a perder su individualidad. Rebélase por ello ante el hecho cierto de la muerte tratando de arrancarle a la vida su secreto y creando en el mundo objetivo e intemporal del espíritu, en el que puede ser fecundo sin perder su individualidad. La actitud de rebeldía y de protesta frente al hecho cierto de la muerte y la obsesión por superar la temporalidad de su existir es el motor del agón cognoscitivo del filósofo, de su vehemente e insaciable curiosidad.

El filósofo está empeñado en una gran batalla en la que no cabe victoria decisiva porque el mérito estriba en el guerrear. El criterio para apreciar el mérito del filosofar reside en la manera y consistencia con que se ha realizado el empeño y el esfuerzo de penetración en el secreto de la vida y de la muerte, del mundo y de nosotros mismos, utilizando la red aprehensiva de las intuiciones, razonamientos, experimentos e inferencias. La significación profunda del ser del filósofo es una significación verbal, lo esencial del filósofo es el ser un buscador infa-

tigable, lo esencial de la ciencia es el investigar y la esencia de la filosofía es el filosofar. El error del relativismo, del agnosticismo y del idealismo reside en no darse cuenta que de existir una aprehensión cabal y definitiva del objeto por parte del sujeto cognocente, el conocimiento humano perdería su sentido dramático y filosófico, dejaría de ser una búsqueda ya que habría una posesión integral y absoluta del objeto por parte del sujeto. La reiteración de la interrogante y la permanente continuidad del esfuerzo inquisitivo propias del filosofar humano revelan la imperfección del hombre, pero también la dignidad y la gallardía de su empeño.

El ser del filósofo es así comprensible desde la perspectiva del proceso de autodescubrimiento y de análisis de las raíces de las cosas en que el filosofar consiste. El propio ser del filósofo es su mundo inmediato de especulación. Su primer mundo es él mismo. Siguiendo la tradición iniciada por el Gnoti se Autom (Conocete a ti mismo) de Sócrates, que pasa por la metafísica de la intimidad hecha por San Agustín y culmina en la exploración sistemática de los contenidos vivenciales (hecha por Brentano Husserl, Scheler y Spranger), el gran Filósofo Montaigne define muy bien la filosofía como un proceso de autodescubrimiento al decirnos en el prólogo de sus luminosos y sincerísimos Ensayos "Este es un libro de buena fé, lector. . . . Lo consagro a la comodidad particular de mis parientes y amigos para que cuando yo muera (lo que acontecerá pronto) puedan encontrar en él algunos rasgos de mi condición y humor, y por este medio conserven más amplio y más vivo el recuerdo que de mí tuvieron. Si mi objetivo hubiera sido buscar el favor del mundo habría hechado mano de adornos prestados, pero no, quiero sólo mostrarme en mi manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudio y artificio PORQUE SOY YO MISMO A QUIEN PINTO. Así, lector, sabe que soy yo mismo el contenido de mi libro, lo cual no es razón para que emplees tu vagar en asunto tan frívolo y baladí".

El filósofo es así un hombre que dialoga consigo mismo y que se interesa por autodescubrirse. El filósofo llega a saber que en su propio mundo interior están dados otros mundos, el de las otras personas y el de las cosas. Primero le es dado al ser humano el mundo de personas que el de las cosas y esta prelación psicognética ha sido comprobada experimentalmente por nosotros.

Pero también encuéntrase el filósofo consigo mismo al abocarse y arrojarse al mundo. Encuéntrase a sí mismo en un amigo o en un paisaje y ésto le causa similar asombro al que experimenta al ver re-



flejada su imagen, sorpresivamente, en el escaparate de la esquina que se acaba de doblar.

Esta doble posibilidad de ver al mundo reflejado dentro de si mismo y de encontrarse consigo mismo en el mundo, explica que el filósofo sea a la vez reflexivo y comunicativo, contemplativo y activo, riguroso y espontáneo. Su espontaneidad es fruto de su respeto por la objetividad de lo real y de su alegría del vivir. El carácter reflexivo no tiene porque hacerlo hosco y huraño. Concompensa su angustia, engendrada por su dramática vivencia de la temporalidad, con una actitud generosa fundada en la convicción de que es mejor darse de lleno a una tarea y a una empresa —en el caso del filósofo de descubrir el secreto de su existir—, que vivir ahorrando como avaro un tiempo que no le pertenece, y que siempre se escapa como el líquido de entre las manos.

Los griegos después de considerar el "Cómo" y el "qué" de las cosas, después de escudriñar la esencia, preguntaban : que beneficio trae esto consigo? que cosa buena emerge en definitiva de ello?, en otras palabras : Para que sirve? Hasta el momento hemos precisado que no es un filósofo y qué es un filósofo. Recapitulemos sumariamente las nociones alcanzadas. Dijimos que a los filósofos frustrados que piensan mal y escriben peor, habría que enseñarles a que lo traten de hacer mejor. A los neurópatas que son oscuros a propósito, habría que darles un tratamiento adecuado en una clínica ad-hoc. A los modernos Sofistas que utilizan sus capacidades y conocimientos para fines interesados, lesionando derechos de terceros, hemos de tenerles mucho cuidado. Toda su actividad está dirigida por una pasión de poder y dominio. Son tigres sueltos en las calles, y más de uno de ellos se ha encaramado en su meta a costa del dolor y libertad del prójimo. Vimos que el filósofo auténtico es un gran enamorado de la verdad. Que su pensamiento e intuición tienen un gran poder de penetración que posibilita ver dentro del corazón humano y dentro del corazón de las cosas. El filósofo siente amor y simpatía por la objetividad que enfrenta. Teniendo conciencia de su finitud y temporalidad el filósofo se rebela contra la muerte, tratando de penetrar el secreto de la existencia y buscando lo "permanente" y lo "justo". Buscador infatigable e invencible, reconstruye las huellas de la verdad al precisar los límites de su propia ignorancia. Es humilde, sincero, espontáneo y reflexivo, meditativo y alegre. Preocupado por descubrir en si mismo su propio secreto y el secreto del mundo reflejado en su interior, tiende a ser introspectivo; pero como se sabe un hombre entre otros hombres y un ser entre otros seres, vive atento al mundo, pues sabe que en él encontrará reflejada su propia imagen, en versión pristina y objetiva. Su ser profundo consiste

en su capacidad de autodeterminación, en su libertad, en su rebeldía, y por ello hace del velar por el respeto a su libertad y a la libertad de los demás, la cruzada de su vida. La libertad es por otra parte el medium indispensable para que se desarrolle el diálogo inquisitivo en que consiste la filosofía, y sabe por ello el filósofo que la supresión de la libertad mata el diálogo espontáneo y mata, con ello, a la propia filosofía. El pensamiento ha de ser libre para poder ser inquisitivo de manera auténtica. Por esto tiene el filósofo la honda convicción que un pensamiento dirigido desde fuera, o una filosofía oficial, es la tumba del esfuerzo filosófico.

Ahora si podemos intentar la respuesta a la pregunta : ¿Para qué sirve un filósofo? La mera existencia concreta de un filósofo auténtico tiene ya un alto valor de paradigma para la comunidad en que vive. Encarna y personifica la búsqueda de la verdad sin compromiso, la discusión objetiva y valiente de cualesquier asunto y la defensa irrestricta de la libertad de pensamiento y de la libertad de expresión. Pero más aún : el filósofo no solamente es un hombre que hace todo esto, que busca la verdad sin compromisos y que personifica un ideal de libertad, sino que **ENSEÑA A OTROS A HACER ESTO MISMO**. La condena de los injustos jueces de Atenas contra el heroico Sócrates, además de atribuirle una crítica irrefutable contra los Dioses de la Ciudad —todos ellos falsas deidades— indicaba que Sócrates no se había limitado a pensar y actuar de esta manera, sino que había corrompido a los demás, porque les había enseñado a hacer lo mismo que él hacía. En otras palabras, el filósofo auténtico no puede adoptar la actitud de un observador no comprometido. El filósofo no arroja piedras y después se esconde, ni su actitud es parecida a los referee. El filósofo lleva en sí una vocación proselitista fruto de su amor al prójimo que lo lleva a ser maestro. El filósofo enseña a los otros a hacer lo mismo que él hace. La Educación es por ello el gran campo de acción fecunda de la filosofía. La Educación es un quehacer filosófico porque sin pensamiento serio original y penetrante no hay maestros sino "grabadoras" humanas. El filosofar es una tarea educativa, ya que sin diálogo no hay pensamiento completo y realista, y porque la vocación a comunicarse con otro es requerida en el proceso y al final de todo descubrimiento auténtico. Filosofía y Educación son diferentes aspectos de un mismo proceso porque ambas son esencialmente diálogo y búsqueda conjunta de la verdad. Los libros escritos por todos los filósofos de todos los tiempos dan cuenta de su intento de comunicación y expresión, de su empeño docente. La inmensa mayoría de los filósofos fueron maestros y algunos de ellos grandes maestros : Jenófanes, Pitágoras,

Sócrates, Platón, Aristóteles, Agustín, Kant, Hegel, Shopenhauer, Comte, Locke, Hume, Nietzsche, Bergson, Husserl, Jaspers, Cassirer, Spranper, Lain Entralgo, Ortega. Los educadores que no son filósofos, son pedagogos en sentido estricto. Los que antiguamente conducían a los niños a la escuela; o bedeles, empleados y subalternos cuyo oficio es cuidar del orden y compostura fuera de las clases, pregonando los acuerdos del claustro y los mandatos del rector.

Filosofía y Educación son quehaceres coincidentes, porque pensar y expresarse son dos caras de un único proceso. Como llegó a precisarlo muy bien Bergson y como lo ha comprobado experimentalmente Humphrey —en la mayoría de los casos pensamos con palabras. El hablar, el expresarse, consisten en mi opinión en la tarea de simbolizar pensamientos para poderlos comunicar. Por ello tenía razón Platón al afirmar, que el pensar es un diálogo con nosotros mismos. Podríamos agregar que educar es un diálogo entre varios, en el que hay intercambio de palabras, ideas, acciones, sentimientos y actitudes. El filosofar y el educar, son búsqueda en conjunto. La educación no consiste en la trasmisión de contenidos almacenados en la memoria sino en sugerir procesos de investigación guiando al educado para que piense, experimente y descubra por sí mismo, las significaciones cuyo sentido deseamos que alcance a comprender. El diálogo filosófico y el quehacer educativo son dos actividades guiadas y motivadas por dos amores : el amor al prójimo y el amor a la verdad. Representan el correlato fecundo de una vocación de descubrimiento y de un afán de comunicación.

«Jorge Puccinelli Converso»

Siendo hombre, mundo y Dios los temas centrales de la filosofía, los filósofos, pesadores de almas y conocedores de hombres, saben distinguir y sopesar las calidades humanas. Platón vislumbró con su característico genio el importante papel que les cabía cumplir en la comunidad, al decirnos en el "Cármides" primero, y en el "Sofista" y la "República" después, que los Filósofos sabrían muy bien organizar el Estado poniendo al frente de cada asunto o negocio a la persona idónea, y no a los recomendados, agregaríamos nosotros, distinguiendo a los que valen en verdad de los "bluff", y desenmascarando a los falsos sabios que dan la apariencia de ponderación, pero que en verdad se sitúan en "terrenos neutrales", guiados por el afán egoísta de estar a la vez bien con Dios y con el Diablo, bailando al son que les tocan y tratando de coincidir siempre con el mejor postor. El conocimiento profundo de la naturaleza humana y de las peculiaridades individuales, capacitan al filósofo para seleccionar y apreciar personal, siendo éste el problema capital de toda institución pública o privada.

Las cosas marcharían bien en una comunidad si, seleccionados por los filósofos —concedores del hombre— a cargo de cada actividad estuviere el hombre con las aptitudes requeridas y con la capacitación científica y técnica para realizar cada tarea a la perfección. Los barcos estarían en manos de auténticos marinos, los ejércitos estarían comandados por verdaderos militares, la administración de la higiene y la salud la harían los mejores médicos con talento administrativo, y en cada profesión u oficio encontraríamos un hombre perito y hábil en la materia.

Como los filósofos viven enfrentando no sólo el presente inmediato, sino las ideas y valores permanentes, aventurándose en el futuro con la investigación científica de avanzada y descifrando el sentido del pasado, al esforzarse por comprender la historia, son los filósofos a los que cabe definir los fines y objetivos últimos de la comunidad y velar porque estas finalidades últimas sean respetadas. Por ello el filósofo tiene como imperativo categórico personificar la defensa de la libertad y la justicia. Sócrates muere por consagrar la vigencia del principio del respeto a las leyes y a las autoridades "legalmente" constituidas. Orientados hacia la verdad y hacia la justicia, no siendo sus vidas otra cosas que un intento por realizar estos valores, los auténticos filósofos son los enemigos natos de toda índole de falsificación o fraude, especialmente del máximo ilícito jurídico y moral representado por el fraude a la voluntad soberana de una comunidad política.

La verdad, el bien y la belleza, son aspectos de una misma realidad, por ellos los Filósofos que viven enamorados de ella han necesariamente de tener buen gusto, y, rigiendo los destinos de la comuna, evitarían toda suerte de "huachafería" en materia de ornato, monumentos, costumbres oficiales y régimen de festividades.

Abocados al análisis del propio ser íntimo y del kosmos, y viviendo su responsabilidad educativa como una responsabilidad histórica, —y nó como un imperativo de lograr popularidad populachera—, los filósofos rigiendo la nave del estado no nos fastidiarían con la estridente publicidad y autobombo con que los tiranos de todos los tiempos procuran mantenerse en el poder, sea en la helénica Siracusa o en la tropical latino-américa.

En fin, amantes e insobornables buscadores de la verdad, generosos conductores y educadores de hombres y pueblos, los Filósofos son además hombres de buen sentido. Poseen Sofrosine, son temperados, ponderados sabios. Ello los califica como excelentes consejeros y así sirven de excelentes asesores en toda corporación importante, cuyo éxito depende del aprovechamiento inteligente del esfuerzo humano.

Alguien podría interrumpirme a esta altura de mi peroración y decirme : Pero Dr. Pinilla, es Ud, realista? Todo lo que Ud. ha dicho es muy bonito, pero es acaso cierto? Tienen los filósofos el status, la posición que Ud. les atribuye en algún país contemporáneo? Mi respuesta sería : No se crea que lo que sucede en nuestro país es universal. La predicción de Platón se está cumpliendo en los países más avanzados del mundo.

Filósofos, educadores y psicólogos son los consultores por excelencia de toda corporación de importancia en los países más adelantados. Si en nuestro medio esto no sucede aún, débese a que somos una comunidad poco desarrollada desde un punto de vista técnico y en la que asuntos tan importantes como las Relaciones Humanas, la determinación de fines y objetivos sociales de Corporaciones de toda índole, selección de capacidades humanas y apreciación del mérito y del esfuerzo, se deja en manos de empíricos.

Empero podría replicarse que lo que necesita el Perú son Ingenieros, Agrónomos, Técnicos Mineralogistas, Mecánicos, Bio-Químicos, Administradores de Negocios y no Filósofos, Literatos y Poetas.

Quien proclama un excesivo tecnicismo y pragmatismo es, por lo general, persona de escasa preparación técnica, y, no pocas veces, poco práctica. Los que hablan de planificación y tecnocracia a voz en cuello están por lo general huérfanos de ambas y solo expresan su vehemente anhelo de poseer algo de lo que carece por completo.

Los filósofos y los poetas son tan necesarios en una sociedad contemporánea como los agrónomos y los electricistas. En una sociedad poco desarrollada como la nuestra, necesitamos urgentemente de ambos porque como condición previa para llegar a tener técnicos que nos posibiliten llegar a arrancar del agreste paisaje peruano la riqueza que nos haga vivir mejor a todos; hemos menester en primer y principalísimo término de MAESTROS, y bien saben Uds., que no hay educación auténtica sin Filosofía, Letras y Poesía, es decir, sin cultivo y adiestramiento del pensamiento; la imaginación y el buen gusto.

No se entiendan mis palabras como un intento de justificación de los errores padecidos por nuestros grandes centros de educación profesional, al nivel de su estructura y dinámica, y que no son culpa de nadie en particular, sino más bien de los sistemas que vienen arrastrándose de siglos, cuando la Universidad era la servidora de una sociedad enteramente diferente de la del Perú actual. Es la Universidad la institución a la que el Filósofo debe brindar preferentemente el concurso de sus esfuerzos, ayudándola a definir sus fines, propósitos, necesidades y procedimientos. Como hemos visto a lo largo de esta charla, lejos de

ser un hombre que habita otro planeta, el Filósofo es antonomásticamente el más realista y práctico de los hombres, ya que es su oficio analizar con imparcialidad situaciones objetivas y coordinar medios y fines. El aporte de los filósofos a la Universidad debe ser el de contribuir a establecer un puente de conexión y cooperación entre la comunidad social y la Universidad.

La Universidad no puede ser concebida como un castillo o reducto aislado por fuertes paredones y contramuros del resto de la comunidad. En la hora presente la Universidad debe contribuir de manera efectiva a resolver los problemas más urgentes de la comunidad. Y esto es menester hacer si queremos que la comunidad cobre conciencia de la importancia y papel que la Universidad debe jugar frente a las necesidades concretas de cada una de las Instituciones Públicas y Privadas de nuestra Sociedad. Solo satisfaciendo estas necesidades podremos esperar que cada uno de los Individuos o Instituciones de la Comunidad se decidan de buen grado a subvenir los ingentes gastos que la organización y mantenimiento de una Universidad Moderna demandan.

Esta satisfacción de necesidades que la Universidad puede brindar a la Comunidad en que opera, cúmplase principalmente a través de prestación de servicios en materia de investigación.

Si en una comunidad contemporánea las instituciones llamadas a hacerlo no investigan y no se ponen al día con los progresos de la ciencia y de la técnica, la existencia misma de la comunidad corre peligro. No me refiero ahora a la carrera a muerte entablada en el campo de la física nuclear, sino a que una comunidad cuyas universidades no investigan no será capaz de crear y mantener una industria que compita con éxito en un mercado libre. Dentro de la sociedad contemporánea es tan importante la necesidad de la investigación científica objetiva y no comprometida llevada a cabo por la Universidad, que supera incluso en importancia a la función docente. Una Universidad moderna podría quizás dejar de enseñar sin perder su esencia, pero no podría dejar de investigar. Por otra parte : en una Universidad que no se investiga, donde no hay búsqueda original y creadora, que podrá enseñarse que valga la pena? Dentro de la sociedad moderna, altamente dependiente de la técnica tan al punto que un desperfecto en algún servicio público como el eléctrico la afecta y trastorna profundamente, el atraso en materia de investigación científica y metodología técnica afecta el standard de vida de todos los pobladores, así como sus posibilidades efectivas del progreso. Una tecnología inadecuada y atrasada aumenta los costos básicos de producción, lo que puede traer como

consecuencia la pérdida de futuros mercados o el desplazamiento de los mercados actuales, con el inevitable declinar de utilidades y salarios que llevan al desempleo y al empeoramiento del nivel de vida. Son precisamente las Universidades las llamadas a satisfacer esta urgente necesidad de progreso científico y técnico que demanda la comunidad. Cuando la Universidad no satisface las más urgentes necesidades requeridas por las Instituciones Públicas y Privadas de la Comunidad en materia de progreso tecnológico y científico, estas Instituciones recurrirán a Universidades y Centros de Investigación de otros países. Resulta así la Universidad aislada del aliento y de la ayuda, de la Sociedad que está llamada a servir.

Fórmase así un deprimente círculo vicioso. La Universidad se queja de falta de fondos y la Comunidad se queja que la Universidad no contribuye en la medida que debiera a satisfacer sus respectivas demandas de progreso y ayuda técnica. Por ello me atrevo a decir que hasta cierto punto gravita sobre las Universidades Latino-Americanas la responsabilidad de liberarnos del desagradable mote de "Zonas poco Desarrolladas", con que se nos conoce en el resto del mundo.

Quiero terminar haciendo hincapié en el importante rol que el Filósofo ha de cumplir en la sociedad contemporánea, de aplicar su conocimiento acerca de la naturaleza humana a la importante labor de discriminar aptitudes y capacidades, seleccionando el personal adecuado a determinado tipo de actividades y funciones. Si el Instituto de Cultura Hispánica hubiese utilizado a los servicios de un Filósofo perito en estas materias, habría seleccionado a la persona idónea para dictar esta charla en vez del que considera que es ya oportuno poner fin a la suya.

